

más, y hasta nos pegásemos sobrenaturalmente á Él, mediante la Divina Eucaristía, imán poderoso para atraer las almas al Altísimo. Desde este punto de vista, colocados en estas eminentes alturas, ¡cuán hermoso, cuán magnífico, cuán sublime no aparece el Dios Hombre Sacramentado!

Desde el fondo de nuestras almas, puestos en profunda elevación, saludemos fervientes al Dios de la Eucaristía, ya que tanta grandeza ha depositado en el Misterio de los amores; obsequiémosle entusiastas, pues merced á estos divinos amores tantas gracias y mercedes del cielo llueven sobre el individuo y la sociedad; rindámosle, humildes, nuestras adoraciones, y más que las adoraciones nuestro corazón, y más que el corazón nuestro ser; sacrificuémoslo todo á Jesucristo: nuestras comodidades, nuestros intereses, nuestra familia, nuestros honores y nuestra personalidad, para que en la tierra el Dios de la Hostia brille más con nuestros continuos obsequios y atenciones, con nuestras asiduas reparaciones y desvelos, á fin de que sea conocido de todos, y de todos amado para que sobre todos reine é impere y sea nuestro Rey y consuelo en este mundo para ser en la eternidad nuestra felicidad y gloria. Amén.



DISCURSO IX

Hermosura de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus.
Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso.

CANT. I, 15.

Speciosus forma præ filiis hominum.
El más hermoso entre los hijos de los hombres.

Ps. 44.

1. Presenciamos en los tristes días por que atravesamos un espectáculo de horrible degradación. Todo se halla rebajado en el hombre. Ser inmortal por lo que á su alma respecta, y señor del universo por lo que toca á su compuesto, debiera tener elevación de miras, aspiraciones inmortales, resoluciones divinas. Pero nada menos que eso. No dirijamos nuestros ojos á la fétida cloaca del vicio en el que sumerge desgraciadamente su cuerpo, no sea que su vista empañe nuestro espíritu, y nuble la razón; volvámoslos, sí, á las ocupaciones habituales del alma, y la sorprenderemos dedicada con preferencia á las ciencias que más se rozan con la materia: las ciencias físicas, las ciencias naturales, las ciencias médicas, las artes mecánicas; nos sorprenderá todavía más la apreciación en que las tiene, el fuerte impulso que las da y la dotación que las ha otorgado, arrinconando en las aulas de los seminarios, en las celdas de los conventos y en las clases de ciertas universidades, las ciencias espirituales, las ciencias sobrenaturales, las ciencias místicas,

la filosofía, la teología, el ascetismo; y aun con aquellas bellas artes é industrias tiene más cuenta que más lisonjean las bajas pasiones del hombre. Y no es que yo censure en lo más mínimo el cultivo de esta clase de estudios, no; pero señalo este mal terrible, para que se vea que hoy se aprecia más el material positivismo que el verdadero positivismo del espíritu, y que se paga á mejor precio todo aquello que fomenta los placeres del cuerpo. Se cree encontrar el óptimo bien de las cosas en el goce de los sentidos; y la hermosura, á la que pudiéramos denominar adorno del bien, preténdese hallarla, no en las cualidades íntimas y constitutivas del ser, sino en su modo de parecer exteriormente, en su modo de presentarse en público. Estas aberraciones continuas del hombre por las que estima á las personas y á las cosas, no por lo que en sí valen, sino por lo que se manifiestan al exterior, son tanto más deplorables cuanto que han llegado á constituir carta de naturaleza para los infinitos necios de que el universo está poblado; mas esta regla fatal por la que el mundo se rige no debe ser la norma del cristiano, ya que Jesucristo nos ha dejado reglas para apreciar las cosas como son, y para buscar toda belleza en las armonías íntimas de los seres, en las cuales á Dios mismo se encuentra, porque notorio es que los tesoros se hallan no en la superficie, sino en las entrañas de la tierra.

2. Hoy, elevándonos como el águila á regiones superiores, escudriñar debemos la Hermosura por esencia, Cristo Jesús, de la cual toda estética procede. Los encantos de la creación pregonan su rara grandeza; los cielos azulados cantan sus divinas alabanzas; los profetas inspirados nos legan sus adorables perfecciones; el Cantar de los Cantares encomia su grata hermosura; el vate de Patmos contempla sus eternos resplandores; las sibilas cantan al son de sus panderos sus infinitas bellezas; los pastores de Belén absortos quedan ante la gloria que al Niño Dios circunda; los Magos son cautivados de sus hechizos; los evangelistas le admiran enrojecido el rostro como el fuego y blanqueadas las vestiduras como el ampo de la nieve; los após-

toles corren tras el olor de sus preciosos ungüentos; los mártires aspiran á deleitarse en su rostro; los confesores se extasían ante su graciosa presencia; los doctores abandonan su pluma por no hallar frases con que ponderar su grandeza; las vírgenes se enamoran de su perfección; los pueblos y las gentes buscan ávidos su placentera estela para peregrinar por ella y deleitarse en sus bondades. Y nosotros, ante esa infinidad de seres que, unidos, elevan un himno de reconocimiento y de gratitud al Dios que los creara, ¿no nos asociaremos para repetir alegres y entusiastas con la Esposa de los Cantares:—¡Oh qué hermoso eres tú, amado mío, y gracioso?—¿Seremos los únicos que dejemos de contemplar con los ojos de la fe la peregrina hermosura de Jesucristo?

Cierto y muy cierto es que para ser dignos espectadores de la mágica escena que se desarrolla constantemente en el sagrario, donde el Salvador, aunque velado por los accidentes eucarísticos, se ostenta con toda su gloria, necesitábamos haber penetrado antes en la cámara secreta del Divino Esposo donde hubiésemos apurado los celestiales goces de sus espirituales bodas; cierto y muy cierto es que para que pudiésemos hablar propiamente de la belleza de Cristo eucarístico era imprescindible haber sido levantados al tercer cielo como S. Pablo, ó arrebatados en espiritual visión al paraíso como S. Juan, ó asistir á una gloriosa transfiguración del Señor como S. Pedro, ó participado de la gloria del cielo como los bienaventurados; mas, ¡tristes de nosotros que, encorvados en este destierro, bajo el inmenso peso de nuestras miserias, apenas podemos levantar los ojos para mirar á la eternidad! á nosotros nos es vedado descubrir los secretos del Altísimo y admirar su hermosura; y ¿qué haremos? nos cruzaremos de brazos sin preguntar á los libros santos, sin recoger las palabras del mismo Dios para por medio de ellas rastrear la belleza de Jesucristo Sacramentado? Atrevámonos con la dulce esperanza de conocer al Salvador por su belleza, con el doble fin de amarle más y de hacerle amar todavía más de los hombres.

3. En este supuesto, después de haber razonado en ge-

neral sobre la hermosura considerada en sí misma, pasaremos á examinar *la de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: primero, en cuanto Dios; y segundo, en cuanto Hombre*. En cuanto Dios: esto es, las bellas relaciones existentes entre la Divina Persona de Jesucristo Sacramentado y el Padre y el Espíritu Santo. En cuanto Hombre, á saber: la hermosura de su alma, la de su cuerpo y la de sus obras.

PARTE 1.^a

1. No todos convienen en la definición de la hermosura, pero todo el mundo pretende entender lo que es. Por cierto; hay cosas en la naturaleza que no se explican, pero que se conocen, y he aquí el misterio. Conocemos la luz y la admiramos; decimos, qué hermosa es, pero al fin desconocemos su esencia. ¿Será un agente, será un flúido? ¿Se explicará su origen por el sistema de las emisiones ó por el de las ondulaciones? Lo ignoramos; pero, convencidos, decimos por sus efectos que es claridad, resplandor, etc.; al fin un misterio. Ved aquí un símil aplicable á la hermosura en general. Todos entendemos lo que es, y nos daríamos por ofendidos si se nos tachara en este asunto de ignorantes; por eso nos cautiva y arrebatada; allí donde la encontramos, un impulso de gozo nos asalta, y exclamamos: ¡qué bella es! mas al cabo ignoramos su verdadera esencia. ¿Será la proporción de las partes con el todo y viceversa? ¿Será el conjunto de cualidades que hacen á un ser excelente? ¿Será, como quería Platón, el esplendor de lo verdadero? ¿Será lo agradable, lo gustoso, lo que cautiva y fascina? Todo puede ser; pero si aseguramos que la hermosura debe ser perfección no nos equivocaremos, por más que no podamos explicarla. Ved, pues, lo que es hermosura: perfección, que puede ser doble: interna ó del espíritu, externa ó de la superficie. Cuando exclamamos, señalando á un ser, ¡qué hermoso es! no queremos significar sino que es perfecto.

5. Partiendo de este fecundo principio, no nos será en manera alguna difícil señalar el límite de la belleza de las

criaturas comparada con la del Criador. En efecto: ¿os habéis fijado en los encantos grandiosos de ese inmenso globo de fuego que desde el sidéreo cielo calienta la tierra y con sus potentes rayos de luz preside los días? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Os habéis detenido en las purísimas claridades del bello satélite de la tierra que con indecible suavidad baña los seres y objetos presentes á su vista? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Os habéis aplicado al estudio de las rutilantes estrellas que con sus diversas y armónicas posiciones pueblan ese inmenso mundo celeste que sirve de fúlgido pabellón á nuestro globo? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis contemplado la fosforescencia del diamante, la brillantez de la esmeralda, la transparencia unida á los puros colores de las demás piedras preciosas, la hermosura del oro y la nitidez de la plata bruñida? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis percibido de las flores su fragancia, considerado la pureza y variedad de sus colores, y admirado su gracia, su elegancia, su delicadeza, su airosidad, su perfección? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis saboreado la dulzura de los frutos vegetales, y maravillado ante sus medicinales propiedades, ante su diverso y hermoso colorido? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. ¿Habéis aprendido en los dulces trinos de las canoras aves lo apetecible del gusto, y leído en su pintado plumaje las excelencias de la perfección? Pues Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. No habéis considerado al hombre? No os ha embelesado su rostro? Arcano de sublimes perfecciones, tejido de inenarrables bellezas, el rostro de un hombre perfecto es la expresión más viva de lo que es su Creador. Ojos que fascinan, rostros que arrebatan, talles que encantan, se han convertido alguna vez, por su rara hermosura, en divinidades terrenas que el mundo locamente adora. Pues bién: á pesar de todo esto, Jesucristo Sacramentado es todavía más hermoso. Y ¿cómo no, si, según dice con acierto un autor mis-

tico, toda hermosura comparada con la hermosura del Señor es fealdad muy grande? (1). Y ¿cómo no, si la hermosura de las criaturas es vaga sombra que se pierde en el espacio comparada con la de Jesucristo, luz vivísima que todo lo anima? Y ¿cómo no, si la hermosura de las criaturas es pequeña, mientras que la de Jesucristo es inmensa; es momentánea, mientras que la de Jesucristo es eterna; es engañosa, mientras que la de Jesucristo es verdadera; es limitada, mientras que la de Jesucristo es infinita? Y ¿cómo no, si la hermosura de las criaturas procede del Verbo de Dios que las comunicó destellos de su inefable belleza? Si tal es, pues, la hermosura creada, ¿qué tal será la hermosura del Increado? Las producciones más perfectas de un sabio artífice son siempre necesariamente menos perfectas que las imágenes vivas que anidaron en su creadora mente, de las cuales aquellas excelentes producciones copias fueron. Esto es evidente; por manera que las producciones *ad extra* de Dios, la creación, por ejemplo, por bella y perfecta que se la suponga, ha de ser precisa é infinitamente menos bella y menos perfecta que los recursos de que se valió su divino Autor para producirla. Estos recursos fueron, en efecto, la misma naturaleza divina obrando, luego Dios es la belleza, es la hermosura sin límites.

6. ¿Mas podremos explicar, podremos definir la hermosura del Ser supremo? Los alados querubes que sin cesar admiran hito á hito la belleza divina, ¿podrán decirnos cómo es? Los siervos de Dios á quienes un favor extraordinario arrobó del suelo para trasladarles cerca del trono del Altísimo, ¿podrán explicarnos su gloria? Los doctores católicos, aun los más favorecidos del cielo con especiales dotes, ¿podrán delinearnos la belleza del Santo por esencia? Los ángeles, atónitos se encuentran ante la Majestad suprema, y nada decirnos se atreven; el Apóstol, que levantado fué hasta el tercer cielo, ha dejado escrito que ningún ser humano podrá explicar las dulces consonancias de aque-

(1) P. Estella. Medit. del amor de Dios.

lla corte celestial; los siervos de Dios, si algo vieron, se reservaron para sí propios el secreto. Sólo, pues, podremos averiguar que Dios es la belleza suma; y que su Verbo encarnado, resplandor de la gloria y figura de la substancia del Padre (1) por quien todo fué hecho, compendió en sí mismo la belleza de las criaturas, después de haber cifrado también en sí propio la de su Padre celestial.

7. Ahora, empero, no deberemos contentarnos con saber que la singular hermosura de Jesucristo es inefable. Es preciso estudiarla; es necesario examinarla por partes, no con un fin meramente especulativo y curioso, sino más bien con el deseo de conocer en cuanto podamos las hechiceras perfecciones del Salvador, para engolfarnos en dulce meditación que nos dé por resultado provechoso inclinarnos más hacia el amor de nuestro Señor. Veamos cuál sea la hermosura de Jesucristo Sacramentado en cuanto Dios.

En el discurso pasado demostré cuales eran los atributos divinos que constituyen, por decirlo así, la esencia de la belleza del Salvador, considerado como Dios; ahora, para completar este asunto, no tengo más que hacerlos palpables las relaciones íntimas de Jesucristo, Verbo del Padre, encarnado, con las otras dos divinas Personas; y que estas mismas íntimas y esenciales relaciones, hermosuras varias del Dios Hombre, las posee en el Sacramento del Altar. En efecto: sólo el Verbo del Padre, en vista de nuestras perentorias necesidades, es el que, descendiendo del cielo, toma carne en las entrañas de una Virgen sin mancha para hacerse hombre. Mas para la realización de este nuevo Misterio era imprescindible el concurso de toda la Trinidad Beatísima, la cual, á la manera que una persona se viste y otras dos le ayudan á vestir, así el Verbo de Dios se vistió de nuestra flaca naturaleza, asistiendo á esta asunción humana el Padre y el Espíritu Santo. Decretado en los arcanos eternos la Encarnación del Verbo, el permiso divino estaba dado para que en el tiempo, la segunda Persona de la Trinidad

(1) Ad Hebr. I, 3.

Augusta comunicase el divino Ser á la humanidad, de suerte que, recibiendo á ésta en su propia subsistencia, quedasen constituidas, en unidad de la Persona Divina, Cristo Jesús, ambas naturalezas divina y humana. Y el misterio grande se realizó; y entonces, el Padre y el Espíritu Santo, aunque no encarnados, como el Verbo, empero tienen con el Verbo encarnado esas relaciones íntimas y divinas de que jamás se despojaron. Á partir de estos preciosos momentos, ¡qué bello aparece el Salvador de los hombres, ya le consideremos peregrinando por el mundo, ya sacramentado en nuestros altares! No hay decreto divino que no conozca y que no coopere como Persona divina á su realización; no hay acto de ningún mortal que no sepa y que no lo tome en cuenta para su recompensa ó castigo respectivo.

8. En ese hondo arcano, que ni á los ángeles es permitido entrar, vislumbramos nosotros por detrás de los celajes de la fe á Jesucristo-Hostia en perpetua comunicación con las otras dos divinas Personas. Y por más que Éstas no estén sacramentadas, como tampoco fueron encarnadas, empero se hallan donde está Jesucristo de modo especial y misterioso, no á la manera que por inmensidad se hallan en todas partes, llenándolo todo, sino por modo de acompañamiento, pues siendo uno mismo é idéntico Ser con la naturaleza Divina de Jesucristo, necesariamente se hallan donde Jesucristo está. Ante los ojos de la fe, por consiguiente, ¡qué hermoso aparece el Redentor, considerado como Dios! El trono del tabernáculo donde descansa Jesucristo es también el trono espléndido de toda la Trinidad Beatísima que, aunque infinita é inmensa, aparece allí limitada y reducida. ¡Bien se ve que la humillación sufrida por el Verbo de Dios al encarnarse, alcanzó también al Padre y al Santo Espíritu! La mesa donde se contienen las riquezas divinas aparejadas en el Sacramento, ha sido dispuesta, no sólo por Jesucristo, causa de nuestra santificación, sino también por el Padre y el Santo Espíritu que cooperan á derramarlas en beneficio de los hombres. Es que la obra de la Encarnación como la obra de la Eucaristía, son obras de amor, y con

amor contribuyó toda la Trinidad Augusta. De hoy más podemos dirigirnos en nuestras súplicas y en nuestras amarguras, no sólo á Jesucristo Sacramentado, sino también al Padre y al Espíritu Santo que le asisten.

Mas, así como en el Sacramento del amor resplandece toda la Santísima Trinidad, de un modo particular brilla la Divina Persona de Jesucristo. También desde este punto de vista es hermosísimo el Salvador. No, no se le infiere injuria á la santa Trinidad porque los hombres rindamos nuestras adoraciones y tributemos nuestros cultos á la Divina Persona de Jesucristo; pues no por desprecio, antes bien por agradecimiento al Salvador, causa de nuestra salud, le adoremos á Él expresamente, confundido, digámoslo así, en cuanto Dios, con las otras dos divinas Personas. ¡Qué esplendor, qué gloria aparece en Jesucristo Sacramentado, realizada por el Padre y el Espíritu Santo, y tributadas por sus hijos! Los ángeles encogen sus etéreas alas, y, bajando su frente, adoran á Jesucristo, su Cabeza y su Príncipe.

9. Pero, donde aparece en toda su grandeza y majestad la hermosura de Jesucristo es en el triple Misterio de su Transfiguración en el Tabor, de su Resurrección del sepulcro y de su Ascensión á los cielos: misterios que, en efecto, subsisten en Jesucristo velado con las apariencias de pan, y son una prueba más de su radiante y mágica belleza. Es necesario insistir algo sobre ellos. El profeta había cantado (1) al son de los áureos instrumentos la profecía de la Transfiguración del Salvador; le había visto en espíritu abandonar por breves momentos las vestiduras humanas y reemplazarlas por la gloria divina de la que se rodeó misteriosamente en el Tabor. Jesucristo, en efecto, asociándose dos de sus más caros discípulos, sube al referido monte y, elevados sus ojos al cielo, en uno de esos éxtasis amorosos propios y exclusivos de la Sagrada Humanidad de Jesucristo, deja la figura hermosa de una Virgen pura, suelta el humano ropaje con que le había vestido su Madre santa

(1) Ps. 103.